



FERRUM UND STÄHL

Juan Ramón Moscad Fumadó

FERRUM UND STÄHL



Primera edición: junio de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Ramón Moscad Fumadó

© Diseño de portada: Óscar Felis Palomares

ISBN: 978-84-19340-70-2

ISBN digital: 978-84-19340-71-9

Depósito legal: M-1696-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Marga, mi mujer, que me ayudó con las ideas principales de los relatos.
A mi hija Marina y a mi yerno Óscar, porque nos queremos cada día más.
Especialmente a Teresa García y a Miguel Caldenty, mis suegros, que
me enseñaron toda la costa de Jávea.
Siempre a Marina y a Ramón, mis padres, que intentaron educarme.
Un recuerdo a mi hermano Miguel, a quien todos querían, lo cual me
provoca una cierta envidia; que no se creía nada, siéndolo todo para nosotros
y los demás.
A mi hermana Marina y a mi hermano Carles, los que me quedan.
Al resto de mi familia Moscad y Fumadó y a la de mi mujer, Caldenty y García.
A mis consuegros, el pintor Vicente Felis y a su mujer Lola,
por su trato tan amable.
A Gregorio y a Chencho, compañeros de trabajo y amigos, que revisaron,
opinaron y aconsejaron con ideas sobre el texto.*

Epílogo.

Un amanecer mediterráneo durante el verano

Septiembre de 2020

Aquel día me levanté antes de rayar el día. Aún estaba medio dormido, bostezando, pero con toda la ilusión de presenciar un excelente espectáculo de luz y color. Y observar cómo el sol iluminaba la mar poco a poco, como si se encendieran las luces paulatinamente. El café ya estaba hecho. Su aroma me lo indicó. Yo permanecía en la terraza frente a la mar oscura sentado en un sillón de mimbre, oteando el horizonte y preparado para ver amanecer.

Unas gaviotas alborotaban frente a mí, deslizándose y piando encima del agua a la altura de mis ojos, caían en picado sobre los peces. Abandoné la función por unos instantes y me metí en la casa. Intenté hacer poco ruido en la cocina para no despertar a nadie. Me preparé una ensaimada rellena de sobrasada que fundí un minuto en el microondas, como buen mallorquín. Me la traje a la terraza en una bandeja para acompañar al café con leche y así tomarlo todo muy caliente.

Llevábamos unos días de vacaciones en la costa de Jávea, y Valencia, que se ha convertido en una ciudad negra, debido al aumento escandaloso del tráfico y la polución que generan los tubos de escape, se me había olvidado. Ahora podía disfrutar de la mar como cada verano. Tocaba madera para que ninguna lluvia estival

empañara el deseado descanso. Es un litoral parecido, en algunos tramos, a otros de la isla de Mallorca. Toda aquella zona me recordaba los años de infancia. Mi familia también se sentía a gusto. Y esto yo lo agradecía.

Aquella madrugada era fresca. Tuve que alzarme el cuello de la cazadora sujetándolo con la mano izquierda para protegerme de la brisa matinal de poniente que, a esas horas, ya olía a romero. Con la otra sostenía los prismáticos para acercar la vista y poder espiar al carguero con matrícula serbia. Carguero que, de detrás del cabo de San Antonio, al norte, había aparecido en el horizonte que la bahía permitía observar, surcando aquella mar encendida por la incipiente aurora.

La mayoría de la costa de Jávea es rocosa. Hay playas que son de piedra de canto rodado; hay algunas que son de arena, sucediéndose unas con otras. La roca, de marés, se erosiona por el agua de la mar y sus posos de salitre. Se trabaja muy bien, lo que permite moldearla fácilmente. Esta adorna y embellece los arcos y pilares de los riurais de las casas de la zona, mostrando su color crema natural.

El sol apuntaba tímidamente. Me acerqué a la barandilla de la terraza y abandoné la escena del trayecto descrito por la estela del carguero para poder enfocar con los prismáticos la parte central de la bahía y así observar unos vestigios flotando en la superficie de la mar, tan quieta que sus aguas parecían cubiertas por una película de plata azulada, radiante. «Serán los restos de algún naufragio de la bestial tormenta estival de la semana pasada», pensé mientras observaba ese espectáculo.

—¿Qué haces, papá? —oí la voz de mi hijo pequeño, que salía a la terraza frotándose los ojos con el dorso de la mano.

—Estoy esperando para ver amanecer, pero, Jorge, ¿por qué te has levantado tan pronto? ¡Si aún no son las seis! ¿Es que no tienes sueño? —pregunté a mi hijo menor, que se llamaba como yo.

—No, papá. No puedo dormir. Yo quiero estar aquí, contigo —dijo él, abrazándome sin acabar de despertarse.

—Bueno, coge ese jersey y te ayudaré a ponértelo —le indicó—. Siéntate aquí conmigo —y le acaricié el pelo; luego, la cara.

Mis dos hijos habían oído durante la cena de la noche anterior, así como la familia de mi cuñado, que iba a levantarme más temprano para ver salir el sol por el horizonte. Dijeron que no tenían ganas de madrugar ninguno de ellos, ni siquiera mi mujer, que no tenía su momento romántico.

Mi pequeño Jorge me preguntó:

—¿Por qué te gusta tanto observar la mar, papá? ¿Qué tiene de interés? ¡Si solo es una gran masa de agua azul!

Sin saber qué decirle, le respondí con la intención de dormirle:

—Te voy a contar una historia sobre la mar para que opines sobre ella, o para que puedas apreciarla un poco más, incluso para que nunca la subestimes. Sobre todo, para que comprendas toda su maravilla.

Él la miraba apoyando la cabeza en mi pecho, intentando comprender. Y comencé mi relato:

—La mar es como una mujer buena, apacible y bondadosa, que te lo puede dar todo en un instante: comida, goce y satisfacción.

«Satisfacción al acariciarla y al sumergir el cuerpo en ella», no pude evitar pensar. Y de forma pausada continué:

—Y te puede dar, además, montones de bellos momentos de calma, en los que el alma se tranquiliza, se serena o se sosiega. Hay personas que no pueden estar demasiado tiempo sin acercarse a ver la mar porque necesitan hacerlo; no sé la razón, pero así es. Hay una fuerza en la mar que los obliga a tener que acercarse a ella y contemplarla, oírla, olerla e incluso vivirla. ¿Comprendes?

El pequeño escuchaba sin entender demasiado y sus ojos comenzaban a cerrarse. Seguí:

—Por no hablar de su color o sus colores, que cambian del verde oscuro al verde claro, del azul turquesa al azul plomo. Y también de sus olores y aromas profundos: a salitre, a brisas de mar y montaña, y a inmensidad. Incluso podríamos hablar de su música, de su arrullo y de su compañía.

Continué hablándole muy lentamente de mis pensamientos contrapuestos sobre la mar:

—Pero no olvides que la mar también es la mujer irascible que, en un momento de enojo, te lo puede quitar todo: amor, posesiones, incluso la vida.

Mi hijo parecía dormido. Lo tumbé en la hamaca junto a mí. No pude explicarle todos los estados, las fases y los momentos que puede tener la mar. Y el respeto que hay que guardarle cuando nos avisa, con sus guiños, de cómo serán sus próximas manifestaciones y comportamientos.

1. Parece un puerto hundido en la cala del Portitxol

Desde nuestro apartamento, en el centro de la bahía, se divisaba un gran pedazo de mar, limitado por el cabo de San Antonio a la izquierda y el cabo de San Martín a la derecha. Más al sur, el cabo de La Nao, frente al cual se sitúa la isla del Portitxol, centrada en una dársena del mismo nombre para atraque de embarcaciones con casitas de pescadores.

La terraza representaba la proa de un barco. El nombre del edificio, situado en la pared lateral, podría imaginarse que era su matrícula pegada al casco. Era como estar sentado en la parte delantera de la nave, protegida por su tajamar, con las piernas colgando fuera de la borda y los pies apoyados en los laterales. En esta posición, el agua me salpicaba la cara cuando navegábamos. Así creía que toda la mar era mía.

Mientras el sol despertaba, la mar cogía color. Los destellos naranjas se entremezclaban con reflejos dorados, impidiéndome en algún momento ver el buque rojo cargado con contenedores vacíos. Y esto lo que indicaba era que no estaban cargados con mercancía, por observación de la cantidad de casco que sobresalía sobre la superficie de la mar. O con sus depósitos de petróleo poco llenos o con poco lastre —estos depósitos de lastre están diseñados para proporcionar el calado suficiente y así permitir que el buque opere con seguridad. Los tanques de lastre segregado son una parte fundamental para las actividades de carga y descarga, ya

que juegan un papel importante para la estabilidad del barco. La técnica consiste en lastrar los tanques, es decir, la admisión o toma directa de agua del entorno en el que se encuentra el buque en ese momento, para la inundación total o parcial de unos tanques especialmente diseñados en el interior del casco.

En aquel momento pensé: «Tengo que recoger las redes, pues debo sacar el pescado atrapado en ellas. Los salmonetes de ayer eran muy grandes. A ver qué suerte tenemos hoy. Despertaré a Juan e iremos a cobrarlos juntos». Juan es el hermano menor de mi mujer y la pesca le encantaba.

Además, también me acordé de lo que nos pasó el día anterior: al llegar a una dársena, después de haber recogido las redes caladas al atardecer del día anterior y perpendicularmente a la costa de otra cala, con la pesca de rosados salmonetes, de brillo plateado, alguna estrella de mar y otros peces típicos de la zona, bajamos a tierra firme para curar la hinchazón en la mano de Juan, provocada por el pinchazo de alguna espina de pez. Llegando a la orilla, distinguimos bajo el agua algo que nos llamó la atención: unas losas planas que parecían piedras de color beis-blanco, amplísimas, unas al lado de otras, que cada vez estaban más cercanas a la superficie del agua a medida que nos aproximábamos a la orilla. Estas ocupaban más de la mitad de la cala formando una extensión de unos 60 metros de longitud. Un pescador, con la cara surcada de arrugas, nos informó del porqué estaban aquellas losas, y lo que decía la leyenda sobre la construcción hundida.

Aquel día de verano era caliginoso y la mañana, con viento de poniente, también lo indicaba. Salimos con la nave a recoger la pesca desde el puerto, al lado del Parador de Jávea, cruzando la bahía hasta el cabo de San Martín, con rumbo a Moraira, dirección al sur. Aquella zona está llena de islotes de piedras rocosas donde se puede recalar para descansar, tomar el sol o recoger caracoles marinos o pinchos y erizos con solo sumergirte un poco. Yo lo bauticé como el mar Egeo. Halamos las redes a pulso mientras nos turnábamos. Como digo, la espina superior de algún pez araña

enganchado en las mallas, peligrosa por el poder de su narcótico, se clavó en la mano de Juan, que quedó traspuesto por el dolor producido por el veneno mientras la mano se le hinchaba. Esta situación nos obligó a acercarnos a la orilla de una cala majestuosa con pequeñas edificaciones, mitad casas, mitad restaurantes, dejando la isla del Portitxol a la izquierda, para pedir algún remedio que aliviara su dolor. Era la cala del mismo nombre: Portitxol.

El aspecto misterioso que mostraba el fondo con posibles losas, columnas, raíles labrados en las piedras, se suponía que por el desgaste producido por ruedas de carros, que se iban elevando a medida que nos acercábamos a la orilla, no dejaba lugar a dudas: aquello era un puerto hundido. Del mismo puerto salían una serie de caminos empinados hacia el interior de la costa que se descubrían después de llegar por mar, desde donde se divisaban mejor. También se veía la famosa Torre Ambolo (nombre de una antigua playa nudista muy visitada por turistas extranjeros y nacionales), lugar de vigías desde hacía mucho tiempo, hecha para prevenir las incursiones berberiscas.

En una excursión realizada días antes, acompañados y dirigidos por investigadores en arqueología de la Universidad de Alicante, encontramos cerca de allí tres yacimientos de la época romana, llamados la Duana, la Punta del Arenal-Montañar y la isla del Portitxol. En estos asentamientos se había descubierto que las actividades comerciales y manufactureras primaron sobre las agrícolas en cierta época de su dominación.

El anciano pescador describió, desde la historia oral a través de los años, cómo tuvo que ser aquel puerto. Mientras tanto, animaba a que nos marcháramos pronto. Según él, la mar empezaba a picarse y se avecinaba una tormenta. Pronto arreciaría. Había visto muchas ventiscas y borrascas, los momentos anteriores, los posteriores y la calma final. El viejo marinero nos urgía a la despedida porque pensaba que tendríamos problemas en la mar si esperábamos más tiempo.

2. Visita cultural al Museo Soler Blasco de Jávea

Durante el otoño anterior salió la noticia en el periódico valenciano *Las Provincias* que tenía como titular «El Museo Soler Blasco ha dado a conocer los resultados de las prospecciones submarinas realizadas en la bahía del Portitxol de Jávea, un estudio que confirma que el puerto histórico es uno de los puntos litorales más ricos a nivel arqueológico de toda la Comunitat Valenciana».

Comenzaba la noticia diciendo que «El arqueólogo municipal de Jávea, Ximo Bolufer, ha estado acompañado por los arqueólogos Jordi Blázquez y Alejandro Pérez, quienes han hecho una aproximación al material encontrado en estas prospecciones, que abarca desde la época fenicia a etapas modernas».

Continuaba el periódico con la descripción de la noticia diciendo que «también han estado presentes el cabo primero Ángel Montero y el brigada Antonio García, del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas (GEAS) de la Guardia Civil —clave para evitar los expolios en este tipo de yacimientos y que ha colaborado activamente en este estudio—. Además, estaba Roberto García, buceador y buen conocedor de estos fondos marinos, que ha contribuido tanto a la localizar los vestigios como a hacer un poco más difícil que fueran saqueados por particulares».

Me puse en contacto telefónico con el arqueólogo municipal para contrastar esta información y me comentó que:

—Los arqueólogos han calificado este tramo litoral como «increíble e impresionante, dada la concentración tanto de anclas (se han datado veinte, pero se han localizado casi cuarenta) como de otros materiales cerámicos, pero aún no lo hemos localizado todo».

Le dije que le haría una visita en septiembre del año siguiente, que aceptó gustosamente.

El periódico informaba que «también es impresionante por el gran período cronológico, que abarca de entre 500 a 2.000 años de antigüedad, lo que demostraría la importancia de la bahía del Portitxol como fondeadero a lo largo de siglos y que estaba incluido dentro de las rutas comerciales».

Tras el hallazgo y el trabajo de documentación, me comentó el arqueólogo municipal que:

—La intención es crear una especie de Museo Subacuático de Arqueología, con rutas de buceo para difundir esta riqueza arqueológica en su contexto, que es donde cobra todo su sentido histórico.

Continuó el arqueólogo:

—Con estas visitas explicadas también se espera crear conciencia de la importancia de proteger esta riqueza de los expolios. Además, el buceador Roberto García continuará con su labor de descubrir todos los vestigios que pueda, ya que son varios los años que está realizando esta colaboración con nosotros de proteger de los expolios la dársena. Los arqueólogos Jordi Blázquez y Alejandro Pérez también van a estar colaborando continuamente en la labor de datar los elementos que se vayan encontrando en el fondeadero —concluyó finalmente el arqueólogo municipal, Ximo Bolufer.

El cabo primero Ángel Montero y el brigada Antonio García eran los dos guardias civiles presentes en la rueda de prensa que dio el alcalde y que colaboraron en la búsqueda de los vestigios encontrados; pertenecían a un GEAS: una unidad de la Guardia Civil española con las funciones de búsqueda y rescate de personas, recuperación y localización de objetos en medios acuáticos, entre otras labores. Este grupo se encuadra dentro de la Unidad de Acti-

vidades Subacuáticas (UAS). Los Grupos de Actividades Subacuáticas están integrados en el Servicio Marítimo de la Guardia Civil.

Leyendo en una búsqueda de Google para informarme, leí que: «Los Grupos Especiales de Actividades Subacuáticas (GEAS) de la Guardia Civil son unidades pequeñas. Lo máximo de doce miembros. Constituidos por un suboficial, dos cabos, diez guardias y dos conductores. Cada grupo se subdivide, a su vez, en dos equipos, cada uno de los cuales está al mando de uno de los cabos».

Terminaba el artículo periodístico diciendo que «el alcalde de Jávea, José Chulvi, ha asistido a la presentación y ha felicitado al Museo, al equipo del proyecto y a todos los colaboradores, especialmente al grupo GEAS de la Guardia Civil».

Así pues, aquel día nos acercamos al Museo Soler Blasco para confirmar la existencia de estas anclas, ánforas, vasijas y otros utensilios ancestrales encontrados en las profundidades de aquella cala, según quedamos con el arqueólogo municipal el año anterior. Eran unas veinte anclas, algunas fenicias y romanas, con una conservación excelente. Quedamos en que continuaríamos siguiendo el rastro y las noticias sobre el descubrimiento. (NOTA 1)

3. El Emperador de Roma agasaja a Flavio con una fiesta

Septiembre de 303

Flavio Agrippos ha ganado su primera batalla en un país limítrofe al Imperio. Se lo han anexionado y vuelve triunfante a Roma con sus legiones bastante diezmadas. Es un joven romano que tiene por delante un futuro brillantísimo. El emperador espera impaciente su llegada y le ha preparado una gran fiesta. El joven capitán romano ha arrasado a los bárbaros en una batalla encarnizada, donde sus soldados han sufrido mucho. Ha visto que el hierro de las espadas y los escudos ha resistido con dificultades al de los salvajes bárbaros. Piensa que habrá que trabajar lo necesario, investigando los métodos de fundición del mineral y las técnicas y elementos a añadir cerca del punto de fusión para mejorar la dureza del material que parece quebradizo.

Uno de los trabajadores de confianza en las fundiciones de Roma ya le comentó el día anterior, observando su preocupación, lo siguiente:

—Hemos descubierto algunas técnicas para mejorar la dureza del hierro: el templado del mismo. Este es un tratamiento térmico o técnica aplicada a las aleaciones ferrosas, tales como el hierro fundido, para lograr una mayor dureza por la disminución de la misma de la aleación.

—¿Y en qué consisten? Ya sabéis que el problema está en la fragilidad —dice Flavio.

—Lo que pretendemos es reducir esa fragilidad del hierro de las espadas fundamentalmente, al igual que con las flechas: cuando reducimos la dureza, normalmente va acompañada por un aumento de la ductilidad, disminuyendo así la fragilidad —contesta el trabajador.

—¿Y cómo lo hacéis? Debéis centraros esencialmente solo en la fragilidad —vuelve a afirmar Flavio.

—Pues hay que realizar un enfriamiento rápido del metal fundido para ponerlo en un estado para realizar el revenido que, al igual que el normalizado, el recocido y el temple, es un tratamiento térmico a un material con el fin de variar su dureza y cambiar su resistencia mecánica. El propósito fundamental es disminuir la gran fragilidad que tienen los aceros tras el temple —responde el fundidor.

Y sigue explicándole a Flavio Agrippos:

—Al realizar un calentamiento controlado de la pieza de trabajo, se lleva a cabo el temple en la misma. El calentamiento se inactiva a una temperatura por debajo de la que consideramos su inferior temperatura crítica, la misma temperatura a la que las fases de la aleación comienzan a combinarse para formar una sola fase sólida, y el calentamiento por encima de esta temperatura se evita, a fin de no destruir el producto duro obtenido.

Gracias al tesón de Flavio y al de los soldados romanos han podido ganar la batalla. Pero ayudados por un contingente de legionarios venido de la zona norte del Lazio. La táctica de lucha con los soldados de sus legiones, distribuidos en forma de columnas con el estandarte colocado al comienzo de cada una de ellas, ha sido decisiva. Como buen romano, se había dejado aconsejar por los dioses en los templos. Había ofrecido, antes de comenzar la batalla, varios sacrificios para conocer exactamente su voluntad. Y los oráculos le preguntaban qué pedía para el combate ya que muchas veces lo hacía en secreto.

Él solía contestar:

—Pido que los dioses no me den tan poco para que puedan derrocarme la mayoría, ni tantas cosas para que me envidie todo el mundo, sino una cantidad normal, para que todos me quieran, me aprecien y me amen, porque escojo ser compañero de una gran cantidad de hombres, por amor y por cariño, que soberano de todos por tiranía.

—¡Queridos ciudadanos de Roma! —gritaba el emperador, situado en la parte central y más elevada del foro, dirigiéndose a todos los invitados.

Y continuaba hablando a gritos:

—¡Esta noche mi máximo deseo como emperador vuestro es que sea la noche de Flavio! ¡Nuestro joven, apuesto y gran Flavio! ¡El gran vencedor! ¡El que ha ganado la última batalla a los bárbaros! ¡Aplaudámosle y agasajémosle para que esta noche no la olvide nunca! ¡Para que siempre gane batallas para Roma y su emperador! —y no paraba de aclamarle.

Después de la recepción, todos los presentes acompañarán al emperador hasta el circo para disfrutar de las luchas de los gladiadores que volverán esa noche a la arena, para que el capitán que ha vencido a los bárbaros sea quien decida el final de su vida. Podrá alzar el puño de la mano, con su pulgar hacia arriba y salvar la vida al gladiador que desee. Incluso indultar a más de uno.

Esa noche, su amigo el emperador —que parece enamorado del moreno, gallardo y alto capitán de moda— también le concederá ese poder. Ve en el joven vencedor una copia de sí mismo cuando vencía en las batallas. Y cuando pedía consejo a los dioses para cualquier cosa que tuviera que hacer. Luego, las legiones volverán a desfilar, orgullosas, delante de la corte del César y del pueblo puesto en pie, mareado y contento por el líquido del dios Baco. Será ofrecido gratis para la celebración de la fiesta. Y con alto grado alcohólico, pues no será mezclado con agua. Así surtirá un efecto más rápido y la conmemoración, totalmente mundana, será aún más completa si cabe.

El emperador prosigue su discurso:

—¡A él le debemos haber elevado aún más el honor, la dignidad y el orgullo que tenemos como romanos!, ¡como ciudadanos de Roma! ¡Por eso queremos rendirle hoy nuestro homenaje! —dice, gritando de nuevo con la voz ya quebrada, emocionado y desgañitándose, para que el mayor número de plebeyos y patricios romanos le oigan.

Y lo hace alzando exageradamente su copa de metal medio vacía mientras mira a los ojos grandes y profundamente oscuros del ahora su ídolo. Los invitados le imitan, alzando el brazo con su copa de vino, apurándolo en un brindis por el vencedor, en una noche desenfrenada, por la alegría y la connivencia con Baco.

Lo mismo hace Aturma. Levanta su copa sonriendo dulcemente al lado de sus padres, situados a una distancia prudente. Es una de las más bellas y dulces romanas de la corte. Una patricia enamorada de Flavio desde que era muy joven. Es rubia, de ojos azules y tez de miel, como venida del norte de los territorios del Imperio para quedarse bronceada en las playas de Ostia, el más importante puerto romano del Lazio, que se comunica con Roma a través de barcazas fluviales.

Hoy, mostrando su mejor sonrisa, ha venido acicalada con sus lujosas prendas de vestir. Su fina túnica de lino, de color natural, la lleva sujeta con una aguja especial y el manto del mismo color colgado del brazo. Todo combinado con un peinado muy elaborado, recogido con una diadema azul en la parte posterior de la cabeza. Sus bonitos brazaletes, anillos y colgantes han encontrado la ocasión idónea para exhibirse de nuevo en público. Su rostro, radiante por la emoción contenida, delata su amor, con el brillo de sus ojos ocultado en cada parpadeo. Intenta comunicar, de forma no verbal, su máximo deseo al príncipe de aquella velada, deseando hipnotizarle y seducirle una vez más. Los pendientes de oro a juego, en forma de aro, ayudan también a elevar su belleza por encima de todas las mujeres que están a su alrededor. Y piensa que «Por fin él ha triunfado», y que «También él, una vez me lo prometió».

La dulce Aturma espera una mirada suya para obtener el gesto y la señal de complicidad para poder verse más tarde con su enamorado. Pero él está demasiado contento, con tanto brindis, y distraído con las felicitaciones de los pretores, senadores y ancianos, por haber conseguido tan joven el beneplácito del emperador. Con solo diecisiete años, sus facciones están endurecidas. Parece de aspecto cansado. Su mente también ha evolucionado en brevísimo tiempo. Los pocos años de vida en las legiones han cambiado su joven romanticismo. Siente la necesidad de poseer propiedades para ponerlas en funcionamiento. También quiere atesorar riquezas y siempre se lo dijo a su padre. Así que, para conseguirlo, se dejó aconsejar por él y prepararse junto a la alta curia romana con el fin de llegar a ser un vencedor aventajado y ganar los favores del cabeza de Roma. La carrera era larga, pero el objetivo lo tenía muy bien marcado.

Los presentes al acto han sido elegidos de modo directo y casi familiar para la ocasión. Alguno de ellos, hastiado de tanto manjar y mosto rojo diluido, no se enterará de lo que el emperador va a comunicarles. Antes de enfrentarse al pueblo, en las gradas del circo, le piensa regalar al capitán vencedor el botín y el honor acostumbrado. Y vuelve a hablar gritando:

—¡Roma está necesitada de hombres como él! ¡Y mañana mismo le nombraré capitán general de la Legión Águila! —dice el emperador con voz ronca, mirando a sus mejores confidentes, que asienten y aplauden como si todos estuvieran convencidos.

En la fiesta le dijo el emperador a Flavio Agrippos en un comité más reducido, y cuando un grupo de senadores se encontraba entre ellos:

—Flavio, alégrate, ¡qué razón tienes!, pues hoy has dado tanta riqueza a la hacienda de Roma que tu persona viste hoy en el triunfo de la gloria. Y para los siglos venideros de ti y de tu casa, dejas perpetua memoria.

Oídas estas palabras, Flavio le contesta, de forma complaciente, de esta manera:

—Gracias, emperador. Justa cosa es que al médico crean cuando lo hace sobre las propiedades de las hierbas, y también al cazador cuando habla de la ferocidad de los animales, y lo mismo al capitán en los sobresaltos de las guerras, incluso al marinero en los peligros de las rocas, e igualmente al guerrero que triunfa en las envidias que hay en sus triunfos.

Y continúa Agrippos, en un esfuerzo de agradecimiento al emperador:

—Que los dioses siempre me vean así, que la bendición de mis antepasados lo consiga y que los hados malos nunca me encuentren. Pues no ha sido mayor la tristeza que he tenido en esta fiesta que el temor que me infunden las aplazadas batallas. Y la razón es porque de las crudas batallas siempre esperé sacar gloria y, entre estos regalos, me temía algún revés de la diosa Fortuna —completa el discurso Flavio.

Finalmente dice:

—¿Y qué puedo perder en las batallas sino la vida? ¿Cuál es la peor cosa que los hombres tienen? Porque, en estos triunfos, siempre temo perder la fama, el mayor don que los dioses me están dando.

Flavio en estos momentos de lo que más entiende es de duras batallas y de mandar legiones. Su preparación, dirigida por su familia, está comenzando a surtir efecto y a dar los frutos esperados. Pronto tendrá la misión de dirigir una nueva batalla en otras tierras e influir, como es costumbre en el Imperio, en los gobiernos de los habitantes de las zonas conquistadas y ganadas para Roma, una vez convertidas en aliadas. Y piensa que impondrá los impuestos que los dioses le aconsejen tras los sacrificios necesarios. Así, lentamente, proveerán a sus habitantes del *Ius romanum* y obtendrán un desarrollo mejor, más organizado.

El mejor amigo del vencedor contra los bárbaros es Julius Craso, cuatro años mayor que él. Ha luchado a su lado en esa última batalla. Sin embargo, no gusta de guerras ni de legiones, ya que ese nunca fue el objetivo de su vida. Por los conocimientos de su

padre, Julius ya es un gran administrador, preparado junto a los *pedarii*. Estos romanos, recaudadores de impuestos, son los que cobran a los agricultores sobre las tierras cultivadas en régimen de grandes latifundistas. Se ha dedicado a apoyar la labor del padre, a trabajar a su lado. Como persona suficientemente experimentada, se está preparando para administrar algunas de las propiedades de latifundios romanos con los consejos cercanos de su progenitor. Pero Flavio lo impide una y otra vez. Siempre le arrastra a su lado para seguir luchando por tierras de bárbaros, con las mejores naves romanas, surcando las aguas con sus tajamares y cortando las olas de todo el Mare Nostrum.

